

UN HOMENAJE A CARLOS FINLAY

El 28 de octubre pasado, tuvo lugar en el Laboratorio de Estudios Especiales, dependencia del Ministerio de Trabajo, Higiene y Previsión Social, una ceremonia sencilla, pero grande en su significado, que fue la de dar a dicho laboratorio el nombre de "Instituto Carlos Finlay", de acuerdo con la solicitud que había hecho en tal sentido el Departamento de Medicina Tropical de la Facultad de Medicina desde el mes de julio del presente año, en que el jefe de dicho departamento, Profesor Jorge Bejarano, dictó una conferencia sobre la "Vida y la obra de Carlos Finlay".

Al acto concurrieron el Exmo. Señor Ministro de Cuba, doctor Carlos Tabernilla, los doctores Félix Hurtado y Oscar Figarola, quienes asistieron en representación del General Fulgencio Batista, ex-presidente de Cuba quien visita actualmente todos los países de América y numerosos profesores y médicos.

El doctor Charles R. Anderson, director del Instituto, habló en nombre de la fundación Rockefeller y del laboratorio que recibía el nombre de Carlos Finlay. En seguida, el Profesor Jorge Bejarano, en representación de la Facultad de Medicina y del Ministerio de Trabajo, Higiene y Previsión Social, pronunció el discurso que juntamente con el del doctor Anderson, se publica en seguida.

En elocuente improvisación, el doctor Félix Hurtado, antiguo Ministro de Salubridad de Cuba, dio las gracias por el significativo homenaje que le rendía al sabio Carlos Finlay dándole su nombre a ese laboratorio de tan importantes investigaciones y colocando su nombre en él su retrato. Destacó la trascendencia de la obra de Finlay y dijo cuánta era la gratitud de su país que así se veía honrado en la memoria de uno de sus más ilustres hijos.

El Profesor Bejarano dijo:

Excelentísimo Señor Ministro de Cuba, Señor Decano de la Facultad de Medicina, Señoras, Señores:

Hace pocos meses que como Profesor Jefe del Departamento de Medicina Tropical de la Facultad de Medicina, me correspondió iniciar la serie de conferencias sobre los científicos de América que en una u otra forma, han contribuido al progreso de nuestra ciencia y al beneficio de la humanidad.

Me pareció entonces que a la cabeza de estos legionarios que así han llenado gloriosamente las páginas de nuestros anales científicos, estaba Carlos Finlay, el insigne sabio cubano, gloria y orgullo de nuestra América y cuyo famoso descubrimiento sobre la transmisión de la fiebre amarilla por medio del *Aedes Egypti*; sobre la existencia de un virus y la prevención de la enfermedad por inyecciones de sangre de convalescente, cubría con brillo inmarcesible todo el final del siglo XIX, que bien pudiéramos llamar hoy, sin hipéboles tropicales, el siglo de Pasteur y de Finlay, porque los descubrimientos de estos dos sabios tuvieron la trascendencia y alcance que sólo se agigantan y valoran a medida que transcurren los siglos.

Es necesario transportarse hacia las épocas en que Finlay acometía la magna empresa de demostrar al mundo científico que el vehículo que él suponía como transmisor de la fiebre amarilla, era evidentemente el portador de la letal de enfermedad.

Y es preciso también imaginar cuáles eran los dominios del morbo amarílico que como un espectro, se paseaba jactancioso y amenazador por todos los ámbitos de nuestro hemisferio. Cuba era por decir así su centro de operaciones y la risueña ciudad de la Habana, hoy bella y opulenta como pocas de América, era el espanto de los pocos turistas que se arriesgaban hasta ella. Pero de su atormentado suelo, había de surgir el genio que dominara la pandemia.

No fue poca la lucha que Finlay tuvo que librar para imponer su teoría que al fin tenía que abrirse paso porque ella nacía de una matriz que había sido fecundada por la ciencia y la intuición. Los albores de nuestro siglo, vieron a Cuba libertada de la enfermedad secular, así como también la vieron libre y emancipada del poder colonial.

Los sabios del mundo entero recibieron con júbilo las triunfadoras teorías del sabio cubano. Pero William Gorgas da al descubrimiento de Finlay, la máxima consagración, la eternidad definitiva, llevando a las mortíferas zonas de Panamá la aplicación de sus preceptos. El genio latino no había podido vencer la manigua. Los obreros sucumbían por la fiebre amarilla. Diez años

de inútiles esfuerzos parecían condenar definitivamente la obra a su total abandono. El descubrimiento de Finlay es aplicado por Gorgas. El antiguo cementerio se transforma en una inmensa factoría donde hombres y máquinas horadan la tierra. Los obreros ya no enferman ni mueren y en cuatro lustros, se abren las compuertas de una nueva civilización que llega hasta el corazón de nuestro continente.

Sin Finlay, ahí estarían los dos océanos sin confundirse en el estrecho abrazo en que logró unirlos el genio portentoso del ilustre cubano. Ahí estarían la selva y la muerte acechando al hombre.

Puede pues, decirse ahora al escuchar esta breve síntesis, que será siempre pasmo de siglos y leyendas, si Carlos Finlay no es una de las más excelsas figuras de la humanidad?

A quién sino a él, debe esta su liberación definitiva de un flagelo milenario que diezmó pueblos enteros y que seguramente detuvo por centurias la civilización y cultura humanas?

Yo expresé en la conferencia en que hice el análisis de la vida y la obra de este gran sabio, que mientras todos los países del continente tienen perpetuada su memoria en alguna obra que ostente su gloria, Colombia permanecía en mora de cumplir este sagrado deber.

Con íntimo regocijo y como vocero del Gobierno Nacional y de nuestra insigne Facultad de Medicina, asisto hoy a este acto que consagra la memoria del más ilustre médico de la América Latina.

Y me regocija todavía más que él coincida con la visita de un antiguo mandatario que así en esta forma, puede apreciar el culto que Colombia rinde a tan grande exponente de la humanidad.

Aquí en este laboratorio en cuyo silencio ofician todos los días la ciencia y el espíritu investigador de los muy ilustres médicos que en esta forma contribuyen a la gloria de los maestros y al beneficio de la humanidad, están bien el nombre y la efigie de Carlos Finlay.

Excelentísimo Señor Ministro: Hasta este recinto se prolonga ahora vuestro patria, patria acaso la más afortunada de América y la más amada de la Fama, porque por todos los ámbitos de este vasto continente resonarán siempre los nombres de Carlos Finlay y José Martí.